

# La Ilustración Artística

Año XXXI

BARCELONA 20 DE MAYO DE 1912

Núm. 1.586

MADRID.—EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1912



«LA RICITOS,» cuadro de Baldomero Gili y Roig

## SUMARIO

**Texto.**—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *¡Triunfol*, por Joaquín Bordas. — *El célebre grabador austriaco Fernando Schmutzer*. — *Orléans. Fiestas de Juana de Arco*. — *Cristián Federico VIII de Dinamarca*. — *París. Muerte de Garnier y Vallet*. — *Actualidades matritenses*. — *Matrimonio secreto* (novela). — *Los «Boy-scouts» napolitanos*, por Carlos Abeniagar. — *Francisco Sardá Ládico*. — *Barcelona. La Orquesta Sinfónica de Madrid*. — *Libros*.

**Grabados.**—*«La Ricitos»*, cuadro de B. Gili y Roig. — Dibujo de C. Vázquez, que ilustra el cuento *¡Triunfol* — *Roberto Chrobach en la sala de operaciones*; *José Kainz en el papel de Hamlet*; *El cuarteto «Joachim»*, dibujos y grabados de Fernando Schmutzer. — *Cristián Federico VIII de Dinamarca*. — *París. Muerte de Garnier y Vallet* (dos fotografías). — *Orléans. Las fiestas de Juana de Arco. El cortejo histórico* (lámina). — *Retrato de un discípulo del pintor Fabrés*, cuadro de Antonio Fabrés. — *Curiosidad*, cuadro de P. Carrier Belleuse. — *Actualidades matritenses* (cuatro fotografías). — *Los «Boy-scouts» napolitanos* (tres fotografías). — *F. Sardá Ládico*. — *Barcelona. Concierto popular*. — *La Orquesta Sinfónica en el Museo Arqueológico*. — *La nueva estación ferroviaria de Leipzig*.

## DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Estas últimas semanas ha habido desfile, un verdadero desfile de figuras, de personajes, de instituciones y fiestas artísticas.

Pasó Rubén Darío... Taciturno, con aquella preñada taciturnidad que suele acompañar a las existencias creadoras, recibió un enorme chaparrón de obsequios: velada en el Ateneo, banquete en la Casa de América, te en el Consulado general de la Argentina, expediciones, recepciones, comidas y agasajos de toda especie. La juventud intelectual de Barcelona dispuso una ferviente acogida al ilustre poeta nicaragüense que tan honda remoción ha introducido en la lírica castellana.

Ha habido, sin duda, notables y muy legítimos poetas salidos de tierras americanas que enriquecieron el Parnaso español con valiosas joyas. Pero, hasta ahora, no se había dado el caso de uno que influyera directa y poderosamente sobre la literatura metropolitana. Hasta ahora no había habido más que poetas y escritores coloniales que escribían en castellano, con inspiración casi siempre divorciada del espíritu español propiamente dicho y que buscaban sus modelos y sus ideas en Francia. Rubén Darío ha venido a alterar toda esa valoración antigua, sirviendo de introductor y conductor de una importantísima reforma poética. Su acción no ha sido centrífuga, sino que, en muchos aspectos, involucra un retorno a la vieja modalidad hispana y una integración de temas, normas, metros, asuntos y sugerencias del más puro abolenjo castellano, que iba dejando fuera del campo de cultivo la estrechez prosaica—¿por qué no decirlo?—de las últimas escuelas románticas o seudo naturalistas.

Claro es que su obra ha sido, en otros aspectos, de aclimatación e introducción de modalidades extranjeras que parecían proscritas al castellano e imposibles en él. Mas, al hacerlo, se echa de ver en seguida, el íntimo conocimiento del idioma y de su índole y resistencia, que posee el prodigioso nicaragüense. Su labor en este sentido, consistió en sutilizar y volver incorpórea la expresión castellana, en inmateralizar el verso, a fin de que pudieran recibir y contener todo el mundo del misterio, de la resonancia o de la vaguedad verlainiana, que no habían pasado hasta entonces por nuestra poesía.

Tal vez el idioma, tan apto para la magnificencia oratoria, para la pompa grandilocuente, no lo sea tanto para la lírica. La regularidad del castellano, sus palabras, que son a modo de bloques perfectamente tallados y pulidos; que no admiten contracciones ni elisiones; que deben sonar en dondequiera con rígida integridad, le impiden el vuelo y lo apartan de las cosas tenues e impalpables. Recuerdese, por ejemplo, cómo se presenta de recortado, bruñido y metálico el lenguaje en los versos de Núñez de Arce, que no ofrecen más que un primer término concreto, de vivo y duro perfil, pero sin lejanías ni penumbras; y véase hasta dónde llegan actualmente la eficacia de sugestión, la finura alada y el hechizo inmaterial de algunos versificadores de la moderna escuela.

Esta cuerda, o, por mejor decir, estas varias cuerdas han sido añadidas a la lira castellana principalmente por el esfuerzo de Rubén Darío, quien nos ofrece en sí mismo y en su influencia, como productor de obras bellas y como excitante de la ajena actividad, por acción y por reacción, uno de los casos más fecundos que se hayan presentado en la historia de nuestras renovaciones literarias. Nada extraño, pues, que al pasar por Barcelona, tras muchos años de ausencia, este gran taciturno, este gran abstraído, se haya visto aclamado por la admiración y la curiosidad del público inteligente, ávido de salu-

dar y contemplar de cerca una fuerza callada a la cual debe tantas fruiciones.

El viaje del *Orfeb Catalá* a Madrid constituyó algo más que el triunfo de la insigne sociedad coral, honra de Barcelona: constituyó la comprensión del alma artística de Cataluña. Todo un mundo de oscuridades y equívocos, de brumas y malas inteligencias, parece que se desvaneció en la atmósfera del Teatro Real al conjuro de los cantores barceloneses. Nuestra música popular interpretada clara y patéticamente por ellos, con la claridad de las cosas perfectas y absolutas, dió en un momento la clave del enigma que durante muchos años ha perturbado las conciencias sin iluminarlas. El canto del *Orfeb* fué como una luz súbita que disipa la tiniebla haciendo ver claro el fondo sentimental del alma catalana. Cuando existe esta sentimentalidad rica y jugosa, ningún derecho ni ninguna razón lícita pueden ahogarla. Sólo la barbarie o la tiranía pueden imponer silencio a esa expresión nacional, digna, no ya del respeto, sino del estímulo y el reconocimiento de todos.

Y esto es lo que el ilustradísimo pueblo madrileño que llenaba el gran teatro de la Corte, comprendió instantáneamente y por obra de esencial comunicación artística, sin necesidad de explicaciones, ni de comentaristas, ni de intermediarios de ningún género. Y sus aplausos estrepitosos y sus ovaciones fulminantes no fueron más que la aceptación y la consagración del hecho consumado de esa personalidad sentimental de un pueblo y la potencia que ella envuelve, capaz de producir perfecciones tales como la del mismo *Orfeb* que alcanza las cumbres más altas del arte europeo, del mérito universal. En esta plena comprensión instintiva, directa, de espíritu a espíritu, hay que buscar el verdadero triunfo de la gran sociedad coral de Cataluña, más todavía que en los obsequios y las manifestaciones ruidosas que la acompañaron en Madrid. Hizo transparente el alma de nuestra tierra, la despojó de las impurezas con que la mala pasión puede enturbiarla y todo el mundo vió claro el derecho de existir que asiste a un foco tal de inspiración y de actividad de alma.

La Orquesta Sinfónica de Madrid ha venido poco después a Barcelona y sus conciertos, a que ha cooperado en distintos números el *Orfeb*, pueden considerarse con una prolongación del viaje de que acabo de hablar. Los insignes músicos, con Fernández Arbós a la cabeza han encontrado de nuevo en Barcelona una comprensión cabal, de aquellas que satisfacen en lo íntimo a los verdaderos artistas. El concierto popular del otro domingo constituyó para el director y para todos los elementos de la Sinfónica una emocionante revelación. La inmensa sala del teatro estaba llena de bote en bote. La concurrencia, mejor dicho, el auditorio, puesto que había ido a oír religiosamente, se componía casi exclusivamente de obreros. El silencio que se hizo en la sala era portentoso: no ya la ejecución de los pasajes más delicados sino el vuelo de una mosca era posible seguir en medio de aquella incalculable aglomeración de personas, muchas de ellas incómodamente apretadas.

Y así y todo siguió la labor de la Orquesta con una penetración, con un instinto, con un sentido de la delicadeza y del matiz más sorprendentes todavía que los que despertaban en ella los fragmentos brillantes y de grandiosidad. Cuando Fernández Arbós dejó la batuta después de dirigir la *Patria nueva*, de Grieg, dicha en unión del *Orfeb*, con lágrimas de emoción en los ojos confesó que jamás había visto compenetración igual de público y ejecutantes ni había sido escuchada la Sinfónica con semejante religiosidad.

¡Feliz instinto de alta cultura, que el pueblo catalán, gracias a dos o tres instituciones privilegiadas y selectas, como el mismo *Orfeb*, empieza a atesorar en forma no superada por pueblo alguno! Cuando uno contempla semejante espectáculo, y ve que ese pueblo tan inteligente, tan preparado para las más nobles fruiciones del arte, tan digno de mejores consejeros y defensores, es explotado sin conciencia por los que en él fundan su encumbramiento, y extrañado por sendas, no de justa vindicación, ni de emancipación merecida, sino por los más funestos y peligrosos andurriales, entonces el ánimo más frío llega a indignarse y a maldecir esa obra como un verdadero crimen que es.

Démosle pasto y alimento que le dignifiquen y eleven, y apartémosle de los espectáculos degradantes y patibularios del arte grosero, del piano de manubrio, de la política y la filosofía y la sociología de munubrio, que también las hay, y que sirve a todos menos al pueblo mismo y a sus legítimas y justas aspiraciones.

Los Juegos Florales, a su colorido de todos los años han reunido en el presente el interés de la presencia del Dr. Vogel y la inauguración del busto de D. Teodoro Llorente, erigido en el Parque. La fiesta poética se celebró en el «Palau de la Música Catalana» que presentaba un aspecto animadísimo, sin un asiento, sin una localidad, sin un hueco vacío.

El Dr. Vogel, que acaba de publicar su diccionario catalán-alemán y que ha prestado como profesor, como filólogo y como traductor de obras catalanas tan señalados y meritorios servicios a nuestra literatura, goza en Cataluña de gran popularidad por su nombre, y es claro que a ella correspondiese la cariñosa gratitud del público, al presentarse en el hemiciclo a leer su discurso presidencial, dando a los admiradores que no le conocían ocasión de ver su figura y de oír su voz.

Acabada la anual celebración, el cortejo oficial y casi toda la concurrencia se dirigió al Parque para inaugurar otra de las ofrendas que la patria reconocida va dedicando a sus cantores, pensadores y artistas beneméritos. De antiguo teníamos allí a Aribau y han ido sucediéndole Milá y Fontanals, Vilanova, Aguiló, Balaguer, Fontova y ahora Llorente. Bien está el patriarca del Turia entre sus hermanos y predecesores de Cataluña y de Mallorca cuya imagen perpetuada en la blanca pureza del mármol destaca serenamente sobre las frondas, bajo un dosel de ramas y flores, entre susurros de agua y arpegios de ruiseñor.

La poesía de Llorente fué esto mismo: poesía de vergel florido, oliendo a miel y a frutas regaladas, resonante de pájaros y de cristalinas corrientes. Distinguióse por la jugosa lozanía, por las tintas suaves y acarminadas, por aquel dejo de orientalismo vinculado en la huerta valentina y que sus escritores, exceptuando el austerísimo Auzías March, desde antiguo reflejan. Con Llorente desapareció el último representante de una estirpe de poetas que fué casi la primera generación del actual renacimiento de Cataluña: la de los fundadores de los Juegos Florales, la que mantuvo el «patriarcalismo» o sentido tradicional de la vida, embellecida por el trabajo y la virtud, dentro de la resignación cristiana y las puras alegrías del hogar. *La Barraca*, de Llorente, es un eco de *La Ilar*, de Pons y Gallarza; y en otras muchas composiciones del *Llibret de versos* palpita el mismo sentimiento patriarcal y sencillo de la existencia exenta de pasiones malsanas o de tumultos, fiebres y discordia civil.

Llorente, además, amó a Cataluña con filial adhesión no desmentida en ningún instante; y en los últimos años de su vida se afaná en rendirle constantes testimonios de este cariño, no faltando en ninguna de las solemnidades patrióticas que en Barcelona se sucedieron, como si el ilustre anciano presintiendo el fin de sus días quisiese reiterar una vez y otra su fidelidad y su constancia. He aquí por qué la imagen de D. Teodoro en el Parque de Barcelona es una serena lección y viene a proclamar la gratitud de Cataluña para con aquellos que lealmente la han amado y la han servido de lejos.

Y, para terminar, cuando esta crónica salga a luz, Lérida habrá rendido un tributo de justa admiración y cariño a uno de sus hijos más preclaros: Magín Morera y Galicia, el poeta de las *Hores lluminoses*, el delicado autor de tan preciosas filigranas en castellano, antes de haber confiado su inspiración a la lengua nativa.

Todo pulcritud, elegancia y buen gusto, todo ponderación y armonía, el caso de Morera es un caso paralelo al del ilustre mallorquín Juan Alcover, que ha ido a presidir este año los Juegos Florales de aquella ciudad, asistiendo al homenaje preparado en honor de su no menos ilustre colega.

Uno y otro consagraron a la Musa castellana lo mejor de su juventud y alcanzaron éxitos muy señalados y merecidos. Mas, poco a poco, una segunda inspiración y como una segunda juventud del alma se despertó en ellos iniciando su *Vita nuova* de poetas; y el vate ilerdense con sus *Hores lluminoses* y el vate mallorquín con su *Cap al tart* han legado a las letras catalanas dos preciados joyeles de perfección paralela y dos ejemplos de conversión sincera, convergente y más de apreciar cuanto no son el despecho ni la falta de estímulo y encomio entre el público y los escritores del resto de España, lo que los ha acercado a la poesía natal.

Morera es un espíritu diáfano, entusiasta y noble. Así son también sus inspiraciones, abiertas siempre al sol de la elevación y de la esperanza. Como el reloj famoso podrían engalanarse con la inscripción latina: *Horas non numero nisi serenas*.

MIGUEL S. OLIVER.

¡TRIUNFO!, POR JOAQUÍN BORDAS, dibujo de Carlos Vázquez



Tenía una punta del delantal entre las manos...

—¡Me desprecias, María, me desprecias!  
 Quien viera al mozo que esto decía, erguido delante de una zagala sentada al pie de un árbol, cuya sombra los protegía de los rayos del sol, sol de agosto en tierra de ingrata vegetación, reseca y tostada, súbitamente volviera los ojos hacia la joven, extraño de que hubiese mujer capaz de desdeñar a tan gallardo mancebo. Y es seguro que no pudiera reprimir una exclamación de asombro. Valiente pareja, tan igual que ni buscada con un candil. Juventud y hermosura realmente espléndidas.

Eran, en verdad, dignos el uno del otro, no sólo en lo físico, sino también en las condiciones morales. Sanos de cuerpo y alma, espíritus equilibrados, inteligentes, quien los trataba se prendaba de ellos.

—Me desprecias, María, me desprecias, aunque te falte valor para confesármelo. ¿A qué, si no, tu proceder?

La joven callaba. Tenía una punta del delantal entre las manos y la iba doblando y desdoblando en caprichosas e inseguras combinaciones. Callaba largo rato hacía, mal disimulando la congoja que la invadiera. Su pecho subía y bajaba alborotado como las olas del mar, pese a los grandes esfuerzos que hacía para contenerlo. De cuando en cuando se le escapaba un suspiro hondo, inquietante, y ahora, al repetir Juan que le despreciaba, se desbordó en sollozos primero y luego en llanto en tal forma, que el buen mozo se arrodilló junto a María, más apesadumbrado que ella, y ciñéndole suavemente la cintura, trató de poner término a tanto desconsuelo.

—¡Oh, no, María, no quiero que llores! ¡Si yo no quería, no quiero verte triste! ¡Si deliro por tu amor! ¡Si por ti diera mi vida! ¡Si el menor disgusto tuyo es para mí el tormento más grande! ¡Si es que yo tomé como una broma tuya lo de «¡Juan, te abandono!», y como broma también te he dicho: «¡Me des-

—¡Ay, Juan de mi alma!, pudo decir por último entre sollozos y con un acento que llegó hasta las mismas entrañas del galán, ¡qué desgraciados somos!

Juan, entonces, enderezó súbitamente el cuerpo, levantó bruscamente la cabeza de su amada a la altura de la suya y mirándola con fijeza a los ojos:

—Pero..., ¿es verdad?, articuló en un tono de muerte.

Las ovejas de ambos zagales, cansadas de buscar inútilmente hierbas para su pasto en aquel árido suelo, se habían ido acercando y, confundidas, miraban tristemente a los pastores, como si comprendieran su dolor. En sus balidos, lastimeros y monótonos como nunca, había algo que parecía significar: «También nosotras participamos de vuestra pena y también quedaremos tristes si la gentil zagala nos abandona.»

Se sentó el pastor junto a la pastora, le cogió ambas manos y permaneció un rato silencioso. No sabía qué pasaba en su espíritu desolado; qué eran aquellas zozobras que invadían todo su ser y que hasta entonces no conociera; qué irremediable tragedia se cernía sobre su cabeza. Se había visto en trances de muerte al desafiar los abismos, al ser acometido por alguna alimaña, al tener que defenderse de algún hombre; pero jamás se le nublara la vista, ni se turbara su espíritu, ni sintiera un desplome de todo él, como en aquel aciago instante. Una sola palabra de María, la hermosa zagala con quien corría y jugara por los campos desde su niñez, mientras pastaban las ovejas, podía más que todos los graves riesgos que hasta entonces le acecharan.

Nublada su razón por los densos velos que levantara aquella palabra fatal, no intentaba reflexionar siquiera; y aturdido como si recibiera en su cabeza

precias, pues, María!» Ya ves que no hay para tanto. Cálmate... No seas así... ¿A qué viene eso? ¿No me oyes? ¿Vas a ser una niña? Escúchame, amor mío, escúchame..., por piedad te lo pido.

Todo inútil. María seguía llorando desconsolada, como si su pecho encerrase una pena tan grande que no acabara de salir nunca.

rudo golpe de maza, permanecía anonadado, como si estuviera próximo a exhalar el último aliento de vida.

Mirábale María con sus grandes ojos profundos, todo fuego, todo vida, melancólicos entonces y abatidos y crecía también la desolación de la pastora, que pensaba morir si le arrancaban de su Juan, a quien amaba con la fuerza invencible de las grandes pasiones.

En aquella hora de calma, hora de la siesta, en que parece huir la vida de la tierra, hasta las ovejas dejaron de balar y también desfallecidas se tendieron junto a los zagales, como respetando su dolor.

Juan en tanto, cerrados los ojos, veía a la pastora como en un sueño, desde sus años infantiles hasta entonces, en todos los momentos y ocasiones, durante todas las horas de su vida, siempre a su lado, jugando siempre, triscando juntos por altozanos y vericuetos, a la par que sus ovejas. Crecieron a la vez. Fué en aumento tenaz el fuego de su pasión inextinguible, hasta fundir sus almas en una sola, y ahora, de pronto, sin saber por qué, estas almas, tan unidas, tenían que separarse una de la otra, en desgarramiento imposible de resistir. Esto no podía ser sin que quedaran ambas destrozadas, hechas jirones... Y este cruel dolor experimentaba en aquel momento ante la visión de María, que se iba alejando, alejando, hasta borrarse en el esfumado horizonte, donde, por un presentimiento de su corazón, le parecía ver dibujados los altos campanarios y las cúpulas de la próxima ciudad.

Libróle la joven de la atormentadora visión y le volvió a la realidad presente, algo menos dura, con serlo mucho, al repetir con voz lastimera:

—¡Qué desgraciados somos, Juan, qué desgraciados!

Miróla el joven atontado, no sabiendo si dar crédito a sus ojos. Su María estaba allí: sus almas estaban unidas aún; el desgarramiento no era cierto ni su dolor tampoco, sino fruto de una horrible pesadilla, de la que acababa de salir por fortuna. ¡Oh, qué mala siesta había tenido aquella tarde de calor asfixiante! Dió un suspiro de satisfacción y jubiloso estrechó a su amada, como queriéndola librar del peligro ya ido, a la vez que decía:

—¡Qué tonto fui! Pues no he creído ver que te alejabas de mi lado...

Y súbitamente, a la vez que ella le miraba con algo de sorpresa y conmovida:

—¡Ay de mí!, exclamó quedamente. Es verdad que no todo ha sido un sueño. ¡Me has anunciado que me abandonas!

Y volviéndose más hacia su amada, como interrogándola, bajó la cabeza y se dispuso a escuchar. Frío sudor corría por su frente, dejó de latirle el pulso, faltóle la respiración.

Por la boca de la joven, que parecía hecha solamente para gratas frases, para buenas nuevas, fueron saliendo mezcladas con suspiros y sollozos, mojadas con lágrimas, palabras que caían en el corazón de Juan como plomo derretido. Querían separarlos. La madre de María, poco tiempo ha, se había ido a la ciudad, porque en el pueblo se moría de hambre. Tuvo la suerte de encontrar colocación y ahora llamaba a su hija, que entraría a servir también en la misma casa que ella. ¡Esto era todo!

Una cosa tan natural, tan plausible para los otros, que tanta satisfacción produjera a los que querían bien a la chica, que despertara la envidia de las otras mozas del pueblo, un caso tan corriente, tan sencillo, era para ellos una infamia. Una infamia, sí, una infamia atroz, una maldad. ¿Así se separa a la gente, sin tener en cuenta si se aman?

Pasaron días y llegó el de la partida de María; pero María no salió del pueblo. Había encontrado excusas para aplazar su marcha. Y mientras, los jóvenes vivían en continuo, mortal desasosiego. Huyó de ellos la sana alegría que hasta entonces se desgranara de sus almas fuertes y candorosas, y de joviales que eran, se volvieron reservados y tristes, en forma que estaban desconocidos. ¿Era posible un cambio tan brusco como el de que se quería hacerles víctimas? ¿Tan implacable había de ser el destino que se complaciera en aventar de pronto la realidad de su vida serena y apacible, impregnada de alegrías y sanos goces, rebosante de una pasión fuerte y aromada con todos los efluvios de los campos? No; estaban seguros de que ellos no se separarían, aunque una voluntad superior lo quisiera; pero no sabían cómo se realizaría el milagro. Porque la madre de la moza la apremiaría otra vez a que se pusiera en camino y ella no sabría ni podría resistir al mandato de quien le diera el ser y a la que tanto amaba. Y así sucedió. La buena mujer, que extrañaba la tardanza de su hija, no dejaba transcurrir apenas día sin que le enviase recado. La joven ya no sabía cómo oponerse. Había agotado todos los medios. Su madre insistía más cada vez, porque la señorita se cansaba de esperar, de guardarle la plaza y acabaría por tomar otra sirvienta... ¡Había pesar como el de los mozos! Sólo les quedaba un recurso extremo... ¡Huir! Pero ellos lo rechazaban, porque a sus buenos corazones repugnaba toda villanía, todo lo que no fuera hecho a la luz del sol y como Dios ordena... ¿Quién en el mundo se habría visto nunca en apuro semejante?

Regresaban una tarde del campo. Las ovejas fatigadas marchaban delante de los mozos, balando tristemente. Alguna volvía la cabeza hacia los pastores, con mirada cariñosa. Ella, con la cabeza caída sobre el pecho, apoyaba una mano en el hombro del pastor. Caminaban lentamente, abatidos. ¡Cuán al revés de otras veces, en que su gallarda apostura, sus juveniles arrestos, sus risas y sus bromas, eran gloria y encanto y regocijo de quienes tenían la fortuna de contemplar a la gentil pareja!

De pronto se pararon asustados. Volvieron la cabeza y a lo largo de la carretera vieron una nube de

polvo que, con ruido formidable, volaba hacia ellos.

Aturdidos, se echaron a un lado del camino, sin saber de qué se trataba; y casi al mismo tiempo, ya refrenada la velocidad, paróse cerca de los jóvenes un automóvil.

—¡Aquí está, aquí está mi hija, mi María!, decía una mujer bajando del carruaje, a la par que una

—¡Aquí la tienes, Juan! ¡Casaos y sed felices!, dijo con voz sollozante.

La dama, que era buena y generosa, añadió conmovida:

—Yo seré madrina de los novios y como regalo de boda compraré para ellos estas ovejas.

Sus balidos entonces parecieron menos tristes.



El célebre profesor de la Universidad de Viena Rodolfo Chrobach en la sala de operaciones, dibujo y grabado de Fernando Schmutzer

hermosa señora se ponía de pie sobre el vehículo, con ojos de curiosidad vehemente.

¡Y era cierto! ¡Y era la madre de María! ¡Qué dos encontradas emociones agitaron a la doncella! A la inmensa alegría de ver de nuevo a quien le diera el ser, pintóse una oleada de pena, de temor, que la envolvió de pies a cabeza. Tuvo como una rápida visión de que la levantaban en vilo, la colocaban en el coche, y éste, dando media vuelta, volaba de nuevo, envuelto en la misma nube de polvo en que había llegado, sin que a ella le quedara siquiera el consuelo de poder ver, despedirse de su Juan..., de sus ovejas...

—¡Mi María!, gritaba la mujer corriendo hacia la joven.

Pero al llegar a ella se detuvo en seco, atónita, y mirándola con fijeza, clamó con un acento de congoja infinita:

—¡Hija mía de mi alma, qué desmejorada estás! Y abalanzándose a su cuello, estrechándola entre sus brazos, se la comía a besos.

—¿Qué tienes, vida de mi vida? ¿Qué es lo que te ocurre? Cuéntamelo, díselo todo a tu madre.

María se desbordaba en llanto, en desconsuelo infinito.

Bajó la bella señora del automóvil y se acercó al muchacho, interrogándole con la mirada.

Juan, entonces, suspiró más que dijo: —Me ama, nos amamos desde niños..., hemos crecido juntos..., y ¡nos quieren separar!

Pareció que una luz vivísima iluminara de pronto el cerebro y el corazón de la madre al oír las palabras del muchacho.

Quedó pensativa un instante, y en seguida, empujando a María hacia el joven:

ro, y casi sin darse cuenta de ello, su personalidad como grabador fué sobreponiéndose poco a poco a su personalidad como pintor, sin que, esto no obstante, abandonase enteramente la pintura. En efecto, Schmutzer sigue pintando, si bien los muchos encargos de grabados que tiene no le dejan todo el espacio que él desearía para empuñar la paleta y manejar el pincel.

Unger, en unas pocas lecciones, le inició en la técnica del grabado: él fué también quien le hizo el primer encargo, confiándole la ejecución del retrato del que luego fué ministro de Instrucción Pública en Austria, conde de Latour.

Los primeros grabados de Schmutzer, que datan del año 1896, fueron reproducciones de sus cuadros; pero luego se dedicó a grabar asuntos originales.

El número de los grabados hasta el presente ejecutados por el artista es muy considerable, pasando actualmente de cien. Si se tiene en cuenta que muchos de ellos son de gran tamaño, preciso será admirar la laboriosidad extraordinaria del artista.

Ocioso nos parece señalar las bellezas de los grabados de Schmutzer; las muestras que en ésta y en la siguiente página reproducimos son más elocuentes que cuantos elogios pudiéramos tributarle.

Entre los trabajos ejecutados por el famoso artista sobresale una colección de retratos de hombres célebres contemporáneos, entre ellos el novelista Pablo Heyse, el compositor Goldmarck, el profesor Chrobach, el actor Kainz y el violinista Joachim y sus compañeros del tan renombrado cuarteto, a los que pronto se agregará el del emperador Guillermo II de Alemania, que le ha sido encargado por la Asociación de Artes históricas para entregárselo en 1913 con motivo del vigésimoquinto año de su reinado.

EL CÉLEBRE GRABADOR AUSTRIACO FERNANDO SCHMUTZER.

Cuando en 1908 Guillermo Unger, el gran maestro del arte del grabado alemán, hubo de abandonar, por haber alcanzado la edad reglamentaria, la cátedra que desempeñaba en la Academia de Artes Plásticas de Viena, sucedióle en el desempeño de ésta Fernando Schmutzer, descendiente de una familia que, por espacio de dos siglos, ha hecho célebre su nombre en la historia artística de Austria.

Con Unger, el grabado había comenzado a dejar de ser arte de reproducción; con Schmutzer, triunfó por completo el grabado como arte original. Y este cambio tuvo su expresión hasta en la denominación de la escuela, que trocó su antiguo nombre de «Escuela especial para el grabado en dulce» por el de «Escuela especial para Artes gráficas.»

Schmutzer, como casi todos los grabadores originales modernos, procede de la pintura. Nacido en Viena en 21 de mayo de 1870, hijo de un excelente escultor de animales, estudió en la Academia de aquella capital y consiguió desde muy joven darse a conocer ventajosamente con sus primeros cuadros. Pronto, empero,



El notable actor austriaco José Kainz en el papel de Hámlet,  
dibujo y grabado de Fernando Schmutzer



El famoso cuarteto vienés «Joachim,» dibujo y grabado de Fernando Schmutzer

## ORLEÁNS.—FIESTAS DE JUANA DE ARCO

(Véase la lámina de la página siguiente.)

Orleáns ha celebrado en los días 6, 7 y 8 de este mes las tradicionales fiestas en honor de Santa Juana de Arco, que este año han revestido especial importancia, porque se conmemoraba al mismo tiempo que el 483° aniversario de la liberación de la ciudad, el 500° aniversario del nacimiento de la heroína.

Las ceremonias religiosas han sido solemnísimas, habiendo concurrido a las mismas dos cardenales, dos arzobispos y diez obispos; una de ellas ha sido la bendición del monumento de Juana de Arco, construido detrás del altar mayor de la catedral. La Santa, de pie, oprime sobre su pecho el asta de la bandera con las flores de lis; eleva los ojos al cielo, como en éxtasis, y de su boca entreabierta parece salir una plegaria.

El cortejo histórico revistió pompa extraordinaria; representaba la salida de Juana de Arco y de sus gentes de guerra para el asalto de las Tourelles y su regreso triunfal, y en él tomaron parte 600 personas vistiendo trajes militares de la época, perfectamente reproducidos. También figuraron en la comitiva una porción de máquinas de guerra de aquel tiempo, como catapultas, culebrinas, bombardas, trabucos, etcétera.

Una de las cosas más interesantes de estas fiestas ha sido la reconstitución del Viejo Mercado de Orleáns, tal como era en el siglo XVI.

## CRISTIÁN FEDERICO VIII DE DINAMARCA

En Hamburgo, en donde se hallaba accidentalmente acompañado de su esposa y de sus hijos el príncipe Gustavo y las princesas Thyra y Dagmar, falleció repentinamente el día 14 de este mes el rey Cristián Federico VIII de Dinamarca. Hospedábase en el hotel Hamburger-Hof y a las diez de la noche, después de comer, salió a dar un paseo. Cerca del Mercado de las Ocas sintió un desvanecimiento y hubiera caído en el suelo si un agente no le hubiese sostenido y ayudado a sentarse en una escalinata. Allí le encontró pocos instantes después el Dr. Seligmann, quien le preguntó, sin conocerlo, si quería que le acompañase al hotel en donde le dijo

y dió algunos pasos, pero de pronto se cayó y cuando acudió el doctor vió que estaba muerto.

Conducido el cadáver, en automóvil, al hospital del puerto, algunas horas después fué reconocido

interesado por la política de su país, así como por la internacional, y había dado pruebas de sus altas dotes militares tomando parte activísima en la campaña del Schleswig-Holstein de 1864. En los últimos años del reinado de su padre, éste le tenía de hecho confiado el ejercicio del poder en cuestiones de alta importancia que el entonces príncipe heredero supo resolver con tanta habilidad como talento; y en el tiempo que ha ceñido la corona ha demostrado ser un excelente soberano, enteramente consagrado a los intereses de sus súbditos.

La noticia de su muerte produjo honda emoción en todo el reino, pues Cristián Federico VIII era muy querido de los dinamarqueses

## PARÍS.—MUERTE

DE LOS BANDIDOS GARNIER Y VALLET

Los dos jefes de la cuadrilla de «bandidos en automóvil» que hasta ahora habían escapado a la persecución de la policía, Garnier y Vallet, han sido muertos en Nogent-sur-Marne el día 14 del actual. Descubierta la casa en que se habían refugiado, fué ésta cercada por fuerzas de la policía y de zuavos, que desde las cinco de la tarde hasta las dos y media de la madrugada sostuvieron un sitio en regla y un verdadero combate.

No referiremos las peripecias de aquella lucha, porque son las mismas que describimos en el número 1.584 al explicar la muerte del otro bandido Bonnot. Después de varias explosiones de dinamita, recurrió a la melinita para abrir brecha en la casa; y al penetrar la policía en ésta, Garnier y Vallet aun dispararon contra ella. Pronto, empero, fueron mortalmente heridos, falleciendo Garnier en seguida y Vallet cuando en automóvil era conducido al hospital.

Una numerosa muchedumbre presenció el asedio e intentó varias veces asaltar la casa, teniendo que hacer los encargados del servicio de orden grandes esfuerzos para impedirlo. Cuando los cuerpos de los bandidos fueron sacados a la calle, la multitud, vociferando, quiso lanzarse sobre ellos para destruirlos y a pesar de la vigorosa resistencia de la poli-



El rey Cristián Federico VIII de Dinamarca, fallecido en Hamburgo el día 14 del actual. (De fotografía.)

por su familia que alarmada por su larga ausencia, hizo practicar durante toda la noche pesquisas en averiguación de su paradero.

El cuerpo del rey fué trasladado al hotel, en uno de cuyos salones quedó expuesto durante el día siguiente; y el 16 un tren especial lo llevó a Travemünde desde donde el yate real *Danebrog* lo condujo a la capital de su reino.

Cristián Federico VIII había nacido en Copenhague en 1843 y era doctor en Derecho por la Universidad de Oxford. En 1869 ca-



París. Muerte de los bandidos Garnier y Vallet.—La casita de Nogent-sur-Marne en donde fueron muertos los bandidos. En ella se ve el agujero producido por la explosión de la melinita

que habitaba, a lo que el monarca contestó que se sentía mejor y que iría a pie. Levantóse, en efecto,

el actual rey de Noruega, y en 1906 sucedió en el trono a su padre Cristián IX. Desde muy joven habíase



Los agentes de policía penetrando en la casa en donde estaban los bandidos después de la última explosión. (De fotografías de M. Rol.)

sóse con la princesa Luisa de Suecia y Noruega, de la cual ha tenido ocho hijos, uno de ellos el actual rey de Noruega, y en 1906 sucedió en el trono a su padre Cristián IX. Desde muy joven habíase

logró pisotear el de Vallet, que todavía respiraba. En aquella reñida lucha entre los bandidos y la fuerza pública resultó gravemente herido el sargento Fleury; el inspector Cairouze, el cabo Gros y el agente Leger recibieron heridas leves.—R.



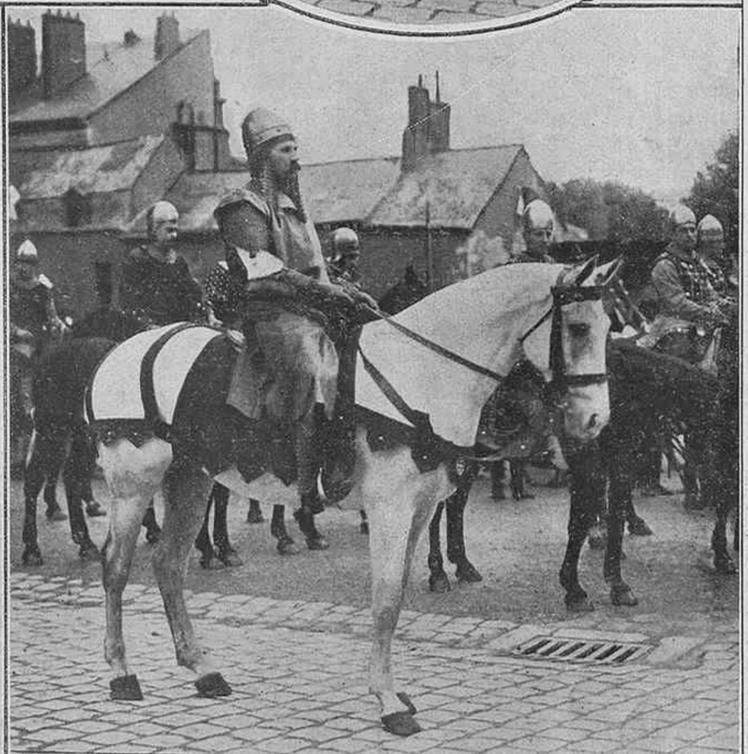
*Los prelados bendiciendo al pueblo.*

ORLEÁNS.- LAS FIESTAS DE  
               JUANA DE ARCO  
 EL CORTEJO HISTÓRICO

*Juana de Arco.*



*Desfile de gentes de armas de á pié.*



*Desfile de jinetes.*

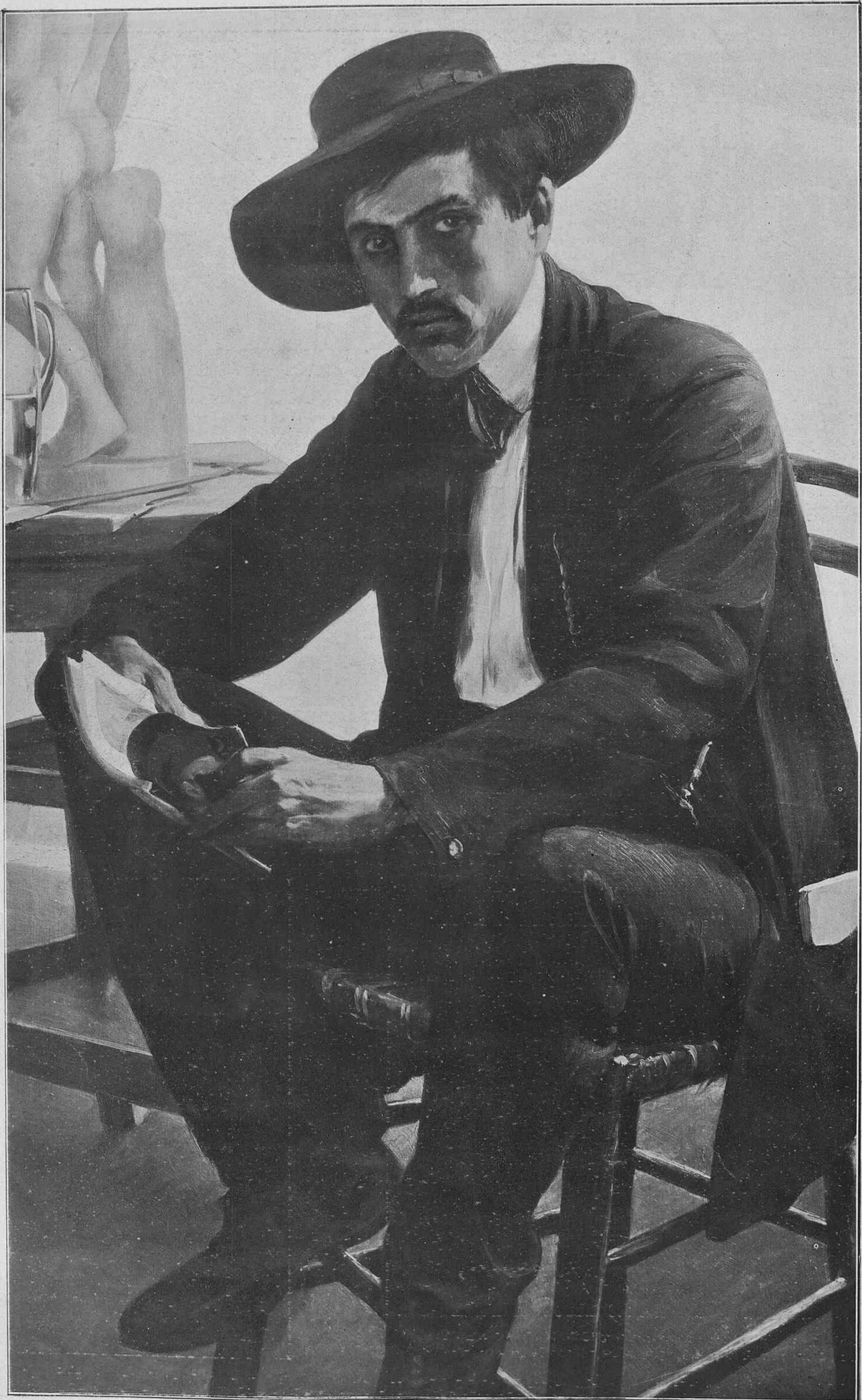


*Una catapultá de la época.*



*Una culebrina de la época.*

(De fotografías de M. Rol y Branger.)

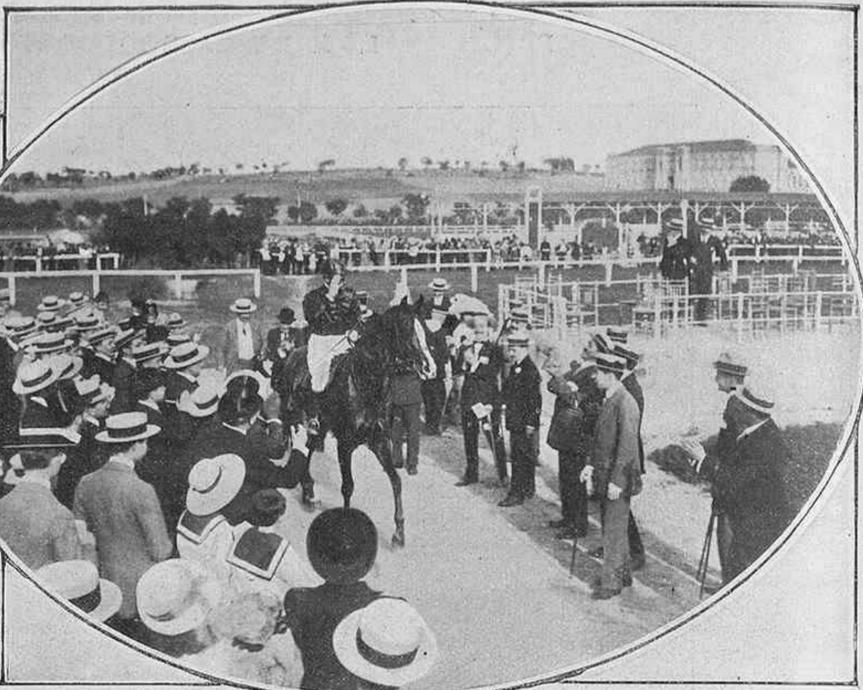


RETRATO DE UN DISCÍPULO DEL PINTOR FABRÉS, EN ROMA, obra del celebrado Antonio Fabrés



CURIOSIDAD, cuadro de Pedro Carrier-Belleuse

ACTUALIDADES MATRITENSES. (Fotografías de Asenjo y Salazar)



Carreras de caballos. Las tribunas.-Ovación a D. M. Romero, que con su caballo Buster Brown ganó el segundo día las carreras segunda y quinta

Carreras de caballos. - Con gran animación se han efectuado en Madrid las carreras de caballos. El stand hallábase ocupado por numeroso público y las tribunas ofrecían brillantísimo aspecto, luciendo en ellas las damas elegantes trajes de primavera, últimas creaciones de la moda.

Todos los jinetes que en la fiesta hípica tomaron parte portáronse como buenos, habiéndose distinguido muy singularmente D. Manuel Romero que, montando su caballo *Buster Brown*, ganó el segundo día las carreras segunda y quinta. Al terminar ésta, los concurrentes tributaron una ovación al vencedor.

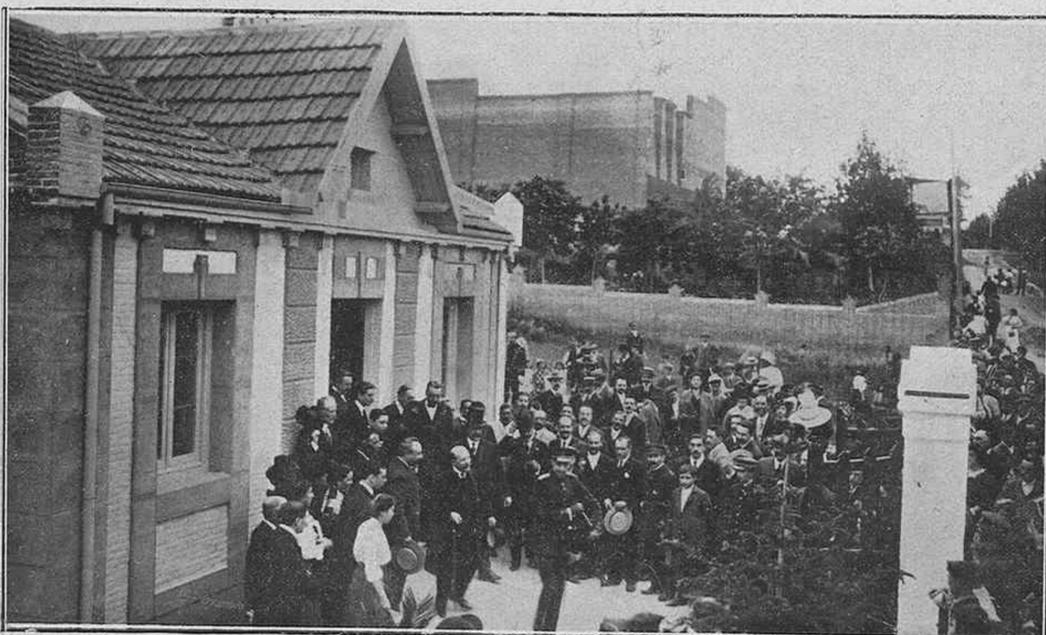
Casa regalada a un obrero por «A. B. C.» - El popular diario matritense *A. B. C.* celebró el día 13 del actual el acto de colocar la última piedra de la casa construída en la Ciudad Lineal por la empresa del mismo y regalada, mediante sorteo ante notario, a un obrero lector del periódico.

Presidió el acto S. M. el rey y asistieron a él el obispo de Madrid-Alcalá, el presidente del Consejo, el ministro de la Gobernación, el gobernador civil, un representante del alcalde, el presidente de la Diputación provincial, el presidente del Consejo de Administración de la Ciudad Lineal y otras muchas personas.

D. Torcuato Luca de Tena, director de *A. B. C.*, presentó al monarca al matrimonio agraciado con la casa, Juan Suárez

con ellos, colocó el último ladrillo del edificio y a seguida el prelado bendijo la casa y entregó las llaves a Petra.

eléctrica, bonito decorado, lavadero y un jardín. Ha costado 9.400 pesetas y su construcción ha sido dirigida por D. Fermilio Vargas.



S. M. el rey D. Altonso XIII visitando la casa regalada a un obrero por «A. B. C.»

Los invitados se dirigieron luego al jardín, en donde se les sirvió un espléndido *lunch*, durante el cual S. M. felicitó al Sr. Luca de Tena por su hermosa iniciativa. A la felicitación del monarca unieron la suya cuantos habían concurrido a la emocionante ceremonia.

Noblejas, marquesas de la Mesa de Asta y Bendaña, condesa de la Quinta de la Enjarada, conde de las Almenas y señorita doña Victoria Robles.

Han concedido premios para esta exposición los Reyes, la reina doña María Cristina, los infantes doña Isabel, D. Fer-

Exposición internacional canina. - Se está celebrando actualmente una Exposición internacional canina que, organizada por la Real Sociedad central de las razas caninas en España, inauguróse el día 11 del actual bajo la presidencia de S. A. el infante D. Fernando y con asistencia del alcalde y de numerosos y distinguidos invitados.

Esta exposición es muy notable así por el número como por la calidad de los ejemplares presentados, llamando entre éstos especialmente la atención un *pointer*, un *berger* y seis galgos del infante D. Fernando; un *foxterrier* y un galgo inglés del infante D. Carlos; dos podencos y dos *basset* del marqués de Viana; los perros del monte de San Bernardo de la duquesa viuda de San Fernando; el *dachshund* del duque de San Fernando; los *setter* irlandeses de los señores Rodríguez, conde de Adauero y Roca de Togores; los *terriers* de la duquesa de Noblejas y de los marqueses de Mohernando, Fontalba y de Zarco; los *retrievers* y *spaniels* de los señores Bermegillo y Losada; y los perros de lujo de las duquesas de Medinaceli y viuda de

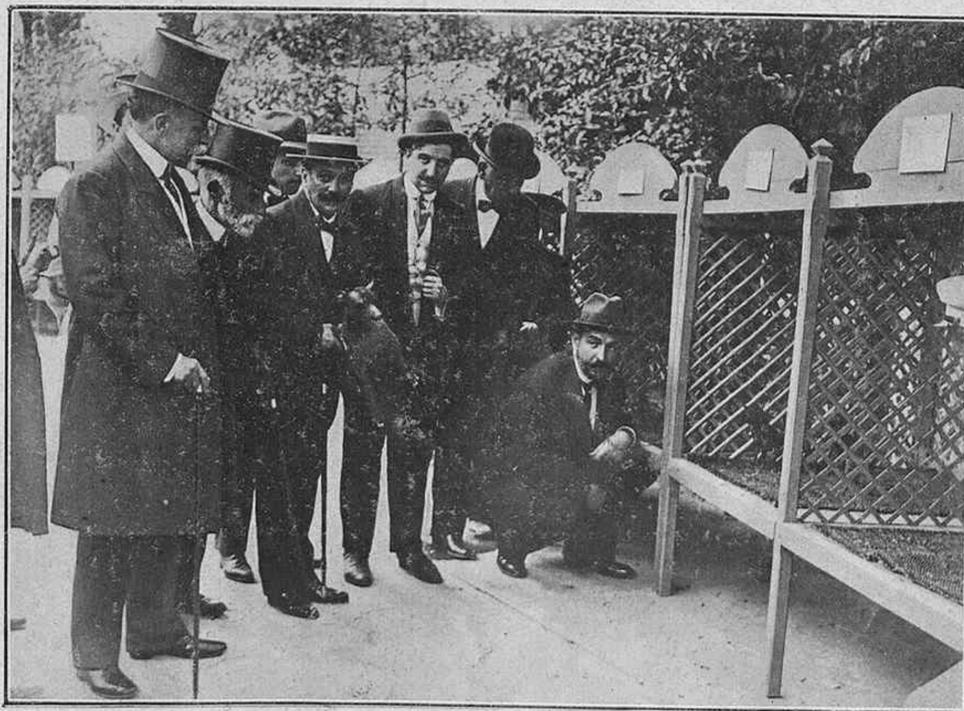


Exposición internacional canina. - Galgo español «Quimera» propiedad de S. A. el infante D. Fernando

rez Labrador y Petra Díaz Martín, de Casas de Millán (Cáceres). D. Alfonso, después de haber conversado afablemente

La casa, hoy propiedad de Juan Suárez, está situada en el centro de la Ciudad Lineal, junto al parque de atracciones; es alegre, cómoda y espaciosa; la forman varias habitaciones, las suficientes para un matrimonio con algunos hijos, y tiene agua corriente, luz

nando, D. Carlos y D. Alfonso de Orleans, el ministro de Marina, el Círculo de Bellas Artes, la Asociación de Ganaderos, la Gran Peña, la *Revista de Casa y Pesca*, los condes de Torrepalma y de Lérida, el marqués de los Perales y los duques de Arión, Tarancón y Gor. - S.



El alcalde de Madrid y otros concurrentes a la exposición admirando el ejemplar más pequeño que figura en la misma

## MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Y se encaminó a la sala

En vista de esto, de Queyrel no había de quedarse en el vestíbulo, así es que apoyándose perezosamente en las almohadas, para incorporarse, se decidió a ir y ver qué pasaba en la mesa de bacará; pero cuando se hubo levantado del diván, ya no estaba en éste el billete de banco.

Y entonces un hombre de edad madura y aspecto militar que había observado aquella escena muda desde la puerta del salón abierta de par en par, se acercó a Madeleur y cruzó con él una mirada de inteligencia.

—Entendido, dijo para sus adentros Tres Zarpas que juntaba en pilas las fichas del banquero. Mi huerfanito ha encontrado un padre; ahora es el momento de abrir el ojo.

Ludovico de Queyrel tenía veintiséis años, era de mediana estatura, esbelto, demasiado delgado, de elegancia amanerada y un tanto afeminada gracias a unos largos cabellos castaños que lo mismo podían ser capricho de guapo mozo que fantasía de artista.

—Era en efecto un mozo guapo, con su traje de etiqueta que le sentaba perfectamente; con sus ojos

azules orlados de ojeras impresas por el casancio de aquella vida de placer, a veces más ruda que una vida de trabajo; con su barba sedosa recortada en punta y que ocultaba un mentón saliente, signo al parecer, de molicie y de irresolución; con sus dientes blancos y apretados y sus labios carnosos que generalmente revelan apetitos sensuales.

Era también artista; a lo menos su tarjeta decía:

LUDOVICO DE QUEYREL  
artista pintor

Pero respecto de este punto así como de su valía moral y pecuniaria, sabía a qué atenerse tan bien como respecto de sus relaciones con aquella Francina, de quien días antes hablara con tanta amargura a Delorme. Sabía, en efecto, que su padre, hombre honradísimo, el comandante de Queyrel que vivía retirado en Saint-Raphael, en donde la vida es barata, le había enviado a París para que estudiase pintura; pero sabía también que desde hacía cinco años el muchacho vivía sólo de expedientes. A su padre, cegado por su cariño y por su cándido orgullo, le sacaba las tres cuartas partes de su exigua paga con el sueldo de próximas y maravillosas perspectivas de gloria y de fortuna, y gracias a este poco dinero y al nombre del comandante, gozaba de algún crédito que le permitía continuar la única vida que siempre había llevado: es decir, una vida de pereza elegante, compartida entre la bohemia artística y la bohemia mundana, y de galantería fácil que su linda presencia hacía más fácil todavía.

En cuanto a sus deudas, que sabía hacer flotar hasta que resultaban demasiado pesadas, unas veces las pagaba alguna enamorada rica y otras las saldaba con ganancias del juego, porque era jugador empedernido y en general afortunado. Y de aquel Internacional-Club adonde iba casi todos los días a sacar de la mesa de bacará para sus gastos, salía a menudo con algún dinero, y aun una vez o dos con una cantidad considerable. Bien es verdad que Madeleur, que, por otras razones le tenía ojeriza, le había visto hacer algunas de esas pequeñas trampas a que se aventuran los puntos más hábiles que escrupulosos para salvar una postura perdida. El croupier había ido en el acto a dar cuenta de ello al gerente; pero éste se había encogido de hombros, pensando que por aquella tontería no valía la pena de dar un escándalo que podría motivar la intervención de la policía, y le había contestado:

—¿Y a usted qué le importa? ¿Acaso le roban a usted? Mientras algún cliente no se queje... ¿Pero qué le ha dado a usted hoy?

Lo que le había dado era un acceso de celos, celos feroces, tanto más cuanto que se veía obligado a disimular y aun a mostrarse amable. En efecto, el joven de Queyrel había conocido a Francina, que, desde hacía tiempo, menospreciaba a Madeleur y le colmaba de esas humillaciones que imponen siempre las mujeres cuando están seguras de la falta de energía del hombre de quien han hecho un muñeco desesperado, ridículo y sumiso. Desde que Francina se hacía llamar Francina Primavera y tenía su piso en la calle de Moscú y una camarera y varios amigos formales, Madeleur, para conservar, aunque sólo fuese en apariencia, un resto del antiguo afecto, se veía obligado a satisfacer los caprichos de aquella mujer que cada día le costaban más caros.

En casa de Francina había encontrado a de Queyrel familiarmente instalado, y en vez de quejarse y protestar, lo que le habría valido ser puesto de patitas en la calle para siempre, había tenido que agradecer los cigarros y el coñac de Francina que le ofrecía el joven y que él había pagado con su dinero.

Pero á cada puerco le llega su San Martín. Ahora Delorme necesitaba un muñeco para hacerle danzar de un modo más desagradable que le hacía danzar a él Francina. Era menester encontrar un imbécil que sacase las castañas del fuego para la asociación Delorme-Madeleur, un canalla que se dejase empujar hacia el camino de presidio. Pues bien, el sujeto en cuestión había caído en el garlito; y cuando Delorme hubiese trabajado a Ludovico, cuando le hubiese sacado aquel ciento por ciento que le dejaría sin un céntimo y con sólo sus lindos ojos para llorar, ¡ah!, Tres-Zarpas sabía de uno que se regocijaría, y no poco, de ello.

Por lo demás, su mala voluntad a de Queyrel no le había privado de la precisión de un golpe de vista; así es que en seguida escogió el individuo soñado por su socio y que mordió el cebo hábilmente puesto en el anzuelo. Ahora era cuestión de tirar de la caña rápida y vigorosamente; y Madeleur, instalado en su mesa de bacará, estaba bien preparado para ello cuando entró en el salón de juego el joven de Queyrel.

### III.—CÓMO SE FABRICA UN CADÁVER

La nueva banca del egipcio no acababa de resolverse decididamente en ganancia o en pérdida; tan pronto ganaba como perdía; pero a lo menos los puntos que jugaban con prudencia, con la prudencia de los que acaban de ser desplumados tenían algún respiro ya que Tres-Zarpas les pagaba sus puestas casi el mismo número de veces que se las recogía. Esto determinaba un movimiento de fichas y oro que poco a poco se iba animando y como de estas

alternativas y de ese continuo circular del dinero nace indudablemente un contagio, muy pronto detrás de la primera fila de jugadores sentados en torno de la mesa, hubo otra de jugadores de pie que alargaban las manos para poner o retirar sus puestas. Situado entre estos últimos, Ludovico de Queyrel palpaba nerviosa, febrilmente el billete azul que tenía en el bolsillo. Ciertamente que allí estaba Madeleur a quien él no había, en realidad, robado el billete, aunque tampoco se lo había devuelto, lo cual si no es lo mismo se le parece mucho; pero al fin y al cabo el billete se hallaba en su faltriquera y no iba él a dejar que en ella se le pudriese; era menester hacer con él algo. Y si en el mundo había un sitio en donde pudiera exhibirlo y reducirlo a dinero, sin riesgo alguno, sin dejar la menor huella de la operación, ese sitio era seguramente aquella mesa, donde en aquel momento se veían por lo menos veinte iguales, que marcaban los unos la mitad de su valor, los otros, diez luisas, cinco... Si ganaban, Madeleur pagaba sin siquiera tocarlos con la raqueta; si perdían, los recogía y no los tocaba más que para desdoblarlos y amontonarlos. Con el suyo sucedería lo mismo; iría a parar al montón, volvería a circular y, ¿quién iba luego a reconocerlo?

Aparte de todos estos razonamientos, el demonio del juego hacía nuevamente presa en Ludovico. El paño en donde él estaba había dado tres pases; si él los hubiese jugado, ¡qué hermoso golpe! Con un luis tan sólo... Pero no le tenía; momentos antes el egipcio le había limpiado y no le quedaban más que algunas monedas pequeñas, menos de cinco francos, para pagar el coche cuando volviese a su casa después de aquella noche de fatiga con la cabeza cargada y las piernas flojas. No podía, pues, intentar ni una jugada de ensayo sin mostrar aquel billete que estrujaba en su bolsillo y que le quemaba la mano.

Y he aquí que Bulak bey, con su voz estropajosa volvía a decir «Ganan los dos paños,» y los billetes de banco, más numerosos que nunca, se alineaban sobre la raya amarilla del tapete verde, mientras los jugadores gritaban: «La mitad—Veinte luisas—Juega todo.»

Ludovico no pudo contenerse y alargando el brazo puso sobre la mesa su billete, diciendo, con voz que se esforzaba para hacer impasible: «Marca cinco luisas.»

—Cinco luisas, repitió el croupier con indiferencia para indicar que había oído.

El egipcio perdió también el pase y sobre el billete fueron a caer cinco luisas hábilmente lanzados por Madeleur.

Decididamente la suerte se inclinaba en favor de los puntos; así es que Ludovico, retirando las monedas que acababan de pagarle, dejó el billete diciendo: «Marca quince luisas.»

—Quince luisas, repitió el croupier, en el mismo tono en que repetía los anuncios de los demás jugadores pues en aquel momento había en el paño una cantidad considerable.

Pero esta vez la fortuna fué favorable al banquero y, en medio de los murmullos de los jugadores, Tres-Zarpas recogió el dinero amontonando los billetes y devolviéndolo lo que sobraba a los que no jugaban enteros. Llegó al fin al billete de Ludovico, diciendo: «Sobran treinta y cinco luisas,» y mientras con la mano derecha retiraba las monedas, con la izquierda desdobló el billete; pero al desdoblarlo se le rompió por la mitad.

—¡Torpe de mí!, exclamó. Pero en fin, así y todo será bueno, ¿no es verdad, Sr. de Queyrel?

Y en tanto que lo alisaba, añadió, como si por casualidad hubiese leído el número del billete:

—De todos modos, ese Z. 213 ya no sirve más que para cambiarlo en el Banco de Francia.

Y dirigiéndose al egipcio le dijo:

—En la casa se lo cambiarán, Sr. Bulak bey.

Colocó luego el billete debajo de los demás del montón y continuó con su voz monótona:

—Señores, hagan juego.

Ludovico permanecía como consternado por aquel incidente, seguramente fortuito, sin consecuencia, pero que había inundado su frente de un sudor de angustia.

—¿Juega todo?, preguntó Madeleur, señalando la pila de luisas que le había devuelto y en un tono que a Queyrel le pareció burlón.

—Sí..., no..., respondió éste, como si se despertara sobresaltado... Sólo la mitad.

Un minuto después aquella mitad iba a parar a la banca, que desde aquel incidente jugaba con suerte increíble, una suerte que duró el tiempo preciso para dejar a todos los puntos completamente desplumados.

Ludovico, desde la última pregunta que le dirigiera Madeleur con expresión tan extraña, había juga-

do locamente, perseguido siempre por la mirada del croupier, por aquella mirada que sentía pesar sobre él, que le mantenía clavado junto a la mesa en donde desaparecieron una tras otras todas sus puestas y que le acompañaba hasta cuando, perdido el último luis, hizo ademán de retirarse.

En aquel instante, como hecho expresamente, acercósele un desconocido de aspecto militar y de edad madura que le preguntó muy cortésmente:

—¿Es usted algo del comandante de Queyrel?

No había modo de librarse de aquel importuno que se agarraba a él y no le soltaba, pidiéndole amablemente noticias del querido comandante, del amigo querido. Era menester escucharle y responderle.

En el entretanto Bulak bey había dejado la banca y recogido sus ganancias. Madeleur, al entregarle el fajo de billetes le dijo:

—No le doy a usted los pedazos del que he tenido la torpeza de romper; aquí tiene usted otro caballero. El roto, el Z. 213 del Sr. de Queyrel, lo cambiaré yo mismo en el Banco.

Sacóse de la cartera un billete que entregó al egipcio y guardó cuidadosamente las dos mitades del inutilizado. Hecho lo cual, fué hacia el grupo que formaban Ludovico y aquel desconocido, de aspecto militar, y dirigiéndose a éste, que no era otro que Delorme, le dijo:

—Perdone usted, señor vizconde, pero he de decir dos palabras a ese caballero.

—A ese caballero..., repitió Delorme, como extrañado del tono en que Madeleur había pronunciado estas palabras.

Ludovico, que había palidecido horriblemente quiso afectar serenidad y encarándose con el croupier, murmuró:

—Tiene usted una manera singular de expresarse.

—Esto depende de las gentes con quienes hablo.

—De las gentes..., repitió también Delorme fingiendo gran sorpresa.

—Veo que está usted loco, exclamó Ludovico.

—No, no estoy loco; en cambio, sé lo que es usted y voy a decírselo delante del vizconde.

—Si tiene usted que pedirme una explicación, replicó Queyrel palideciendo aún más, no debe usted pedírmela delante de una tercera persona.

—¡Ah! Prefiere usted que sea un secreto; lo comprendo.

Y con un imperioso movimiento de cabeza le invitó a seguirle a un ángulo del vestíbulo.

—Ya ve usted, señor vizconde, que es el Sr. de Queyrel quien quiere que el asunto se trate sin escándalo.

Y cuando se hubieron alejado algunos pasos, encaróse de pronto con Ludovico y con los dientes apretados le dijo:

—¡Ladrón!

Quiso el joven replicar pero Madeleur prosiguió:

—Sí, ladrón, ladrón. ¿De dónde ha sacado usted ese billete Z. 213 que ahora vuelve a estar en mi bolsillo a cambio de otro que he dado para recuperarlo?

Ludovico estaba aterrado.

—Sí, continuó diciendo el croupier, el Z. 213, el billete roto; hay cien personas que atestiguarán que es usted quien lo ha puesto en la mesa de bacará.

—¿Pero qué prueba..., balbuceó el otro.

—...que es mío? Pues ahí va la prueba, respondió mostrando aquella famosa cuenta que había exhibido varias veces. Esta es la carta del Credit Lyonnais anunciándome que me envía, como valores declarados, ese billete Z. 213 junto con otro, el C. 519, que es el que acabo de entregar a Bulak-bey a cambio de aquél. Porque ha de saber usted, añadió, levantando la voz, que los billetes que yo poseo se sabe de dónde vienen porque yo justifico su procedencia. Conque devuélvame el dinero que me ha robado o tendrá que habérselas con el procurador de la República.

De Queyrel estaba lívido y las piernas se le doblaban.

—¡Más bajo, más bajo!, balbuceó aterrado.

—¿Por qué más bajo? ¿Qué tengo que temer? Usted sí que tiene gran suerte de que no haya yo enviado a buscar a la policía.

—¡Oh, no! ¡No hará usted esto!

—Pues venga mi dinero.

Y con expresión casi imperceptible de compasivo menosprecio añadió:

—¿Pero dónde está mi dinero?

—Ya sabe usted que...

—Sí, se lo ha dejado usted ganar por ese lagarto de Bulak bey. No comprendo que se sea a la vez tan simple y tan vicioso.

—Pero, en fin, Madeleur, replicó Ludovico que cobraba alguna esperanza viendo que entraba en el terreno de la discusión; ¿sabía yo, por ventura, que

el billete era de usted? ¿Podía saber a quién pertenecía una cosa que encuentro en el suelo?..

—¿En el suelo?, interrumpió Tres-Zarpas en un tono que hizo estremecerse a Ludovico.

—En el suelo..., o en un mueble..., no recuerdo bien... Confieso que he tenido un momento de olvido, pero ahora que sé de quien es aquel dinero...

—¿Me lo devolverá usted?

De Queyrel se encogió de hombros.

—Pues entonces no me haga usted perder más tiempo oyendo sus embustes. De aquel dinero no le queda a usted un céntimo; apuesto a que si registra usted sus bolsillos no encuentra en ellos veinte francos. Y lo que es esta noche no será Francina quien le preste a usted algo; bien lo sabe usted.

Ludovico inclinó la cabeza. Era cierto lo que Madeleur decía porque delante de él Francina había dicho a Queyrel que no tenía ni diez luises para acabar el mes, que debía pagar una porción de cuentas y que nunca se había encontrado en una situación tan apurada como entonces.

—Los asuntos de Francina, siguió diciendo Tres-Zarpas, me tienen sin cuidado, pero los míos no. También yo tengo que hacer pagos ineludibles y no a fin de mes, sino mañana; por esto me había procurado aquel dinero, que necesito sin falta. Sí, que necesito, añadió con ademán enérgico, y si usted no me lo da, haré una barrabasada. Tanto peor para usted y para su familia. Como me protesten una letra, le meto a usted en la cárcel.

—¿Qué ganará usted con ello?

—Ya sé que nada, pero a lo menos no se reirá usted de mí.

—Puedo usted esperar unos días...

—No puedo; repitió que mañana me vence una letra y necesito dos mil francos en dinero ó en valores. En mi bolsillo tengo mil. ¿Tiene usted el resto?.. ¿No?..

Avanzó un poco como para poner en ejecución su amenaza, cuando Ludovico, agarrándose al cable que Madeleur parecía haberle echado, le dijo:

—¡Valores! ¡Estos puedo yo dárselos!

—¿Qué valores?

—Pagarés que usted podría descontar.

—Esto es factible; de este modo recobro mi dinero. Entremos en esa habitación, dijo señalando un gabinete que servía de guardarropa y de despacho a los croupiers; allí estaremos mejor para arreglar este asunto.

Y cuando hubo cerrado la puerta, le preguntó:

—Esos pagarés, ¿por quién están firmados?

—Quise decir... pagarés que yo le firmaría a usted.

—¡Usted!, exclamó Madeleur en un tono que tenía tanto de burla y de incredulidad como de desprecio.

—Sí, yo. A usted le consta que a menudo tengo dinero... Daré a usted cuatro pagarés escalonados, de doscientos cincuenta francos cada uno; ya sabe usted perfectamente que puedo pagarlos, que los pagaré.

—Es posible, pero en cambio es seguro que no encontraré un banquero ni un usurero que me descuente la firma de usted. Y los mil francos los necesito no dentro de un mes ni de ocho días, sino para mañana.

Y al ver que Ludovico anonadado se dejaba caer sobre una silla, añadió:

—En cambio, si además de su firma hubiese otra que inspirase alguna más confianza..., la de su padre, por ejemplo, tal vez...

Y se puso a silbar, mientras dejaba, como al descuido, sobre la mesa en que se apoyaba Ludovico, cinco pagarés de comercio.

La mala tentación se despertó, se concretó, creció en aquella alma débil que el peligro hacía aún más cobarde. Ludovico había comprendido: Madeleur le proponía una falsificación, la de la firma de su padre en rehenes de la suya. ¿Por qué? Harto lo comprendía. Sí, con la firma del comandante de Queyrel, el croupier encontraba fácilmente quien le descontase los pagarés y se haría con el dinero que le hacía falta. Sí, con aquella firma, con aquella falsificación que ponía a Ludovico en situación tan terrible, si por desgracia los pagarés no eran pagados a su vencimiento, Madeleur estaba seguro de que no le serían devueltos con el protesto, pues de lo contrario los presentaría al comandante y éste, sin sospechar que con ello llevaba a su hijo a la cárcel, diría que aquella firma no era la suya, que había sido falsificada, como lo había sido la de Ludovico. Porque, ¿cómo iba a sospechar que éste fuese culpable? Y entonces él mismo sería quien formulara la denuncia.

¿Qué sucedería en tal caso?

Pero, ¿qué locura suponer tales eventualidades! ¿A qué pensar en lo que no podía suceder?

Ludovico sabía que cada mes encontraría aquella cantidad relativamente pequeña de doscientos cin-

uenta francos; y si por desgracia ni él ni Francina los encontrasen, con empeñar las joyas quedaba todo arreglado.

Hechas estas reflexiones, con ademán vergonzoso tomó los pagarés y cogió una pluma:

—¿Qué vencimiento hay que poner?, preguntó.

—Fin del corriente y luego de mes en mes.

—Doscientos cincuenta, ¿a la orden de usted?

—Sí, cinco pagarés; supongo que no le parecerá el interés muy elevado.

Sin contestar, Ludovico escribió y firmó.

—Ahora, al dorso..., díjole Madeleur.

Ludovico escribió cinco veces:

*El comandante de Queyrel*

—Se libra usted a buen precio, exclamó el croupier recogiendo los pagarés; pero si no paga a los vencimientos...

—Pagaré, respondió el falsario estremeciéndose.

#### IV.—EL SEÑOR VIZCONDE

Francina Primavera estaba arreglándose en el tocador de su piso de la calle de Moscú, un piso bastante bien amueblado. Aquella operación era para ella cada día más larga y más importante, porque había llegado a los treinta y en su profesión como en el servicio militar, los años cuentan doble, según frase de Victorino..., no del vizconde de l'Orme.

Francina, por otra parte, en nada se parecía a la esbelta y vivaracha camarera a quien, al principio de este relato, hemos visto sirviendo en el hotel de la Cruz de Provenza. ¿Había sido entonces rubia o morena? Nadie lo sabía, porque las tinturas habían comunicado a sus cabellos ese color inmutable, ese rubio veneciano que desafía la invasión de las canas. ¿Había sido delgada? Madeleur era quizá el único que se acordaba de ello; pero ahora se redondeaba de día en día. De todos modos luchaba a pie firme contra la acción de los años y cada día se armaba con más cuidado para la batalla en el misterio de aquel tocador de donde saldría al poco rato joven y bella todavía y en donde, en aquel momento, entre un arsenal de frascos, botes, cepillos y otros útiles, terminaba la confección de su rostro, ayudada por su criada María.

Desde hacía diez y seis años, Francina se divertía en grande y había tenido sus períodos de prosperidad. Ahora mismo no lo habría pasado mal si hubiese escuchado los consejos de su fámula, mujer de gran sentido práctico que la servía hacía diez años, en la próspera como en la adversa fortuna, que era más que su sirvienta su compañera y que a fuerza de recibir propinas con ambas manos y de sisar cuanto podía, había logrado reunir algunos ahorros, con los cuales esperaba retirarse a su pueblo y casarse allí aunque fuese con un viejo a quien sedujese su dinero. En el entretanto, permanecía lealmente al lado de Francina por costumbre, por familiaridad y algo también por esa gratitud que se siente hacia la persona a quien debe uno todo lo que tiene.

María, con una franqueza que se permitía tanto más cuanto menos puntualmente le eran satisfechos sus salarios, sostenía con su ama un animado diálogo.

—Lo que es con amigos como ese barbilindo, aviadados estamos.

—Es inútil que te esfuerces; estoy loca por él y basta.

—Pero esta no es una razón para que se deje usted explotar. ¿Cuánto le ha dado usted últimamente?

—Dado, nada; ha sido un préstamo.

—¿Y se lo ha devuelto?

—Lo devuelve cuando puede.

—Entonces, puede muy pocas veces. ¿Qué diferencia del otro!

—¿Madeleur? No me hables de él.

—Algo más vale que el tal Ludovico y a él habremos de recurrir cuando los demás nos vuelvan la espalda.

—Bueno; basta de este asunto. ¿Qué hay para almorzar?

—¿Vendrá el Sr. Ludovico?

—Sí.

—Siendo así he de comprar varias cosas, porque, ¡cuidado si es difícil dejarle satisfecho! Pero..., hace falta dinero.

—¿Qué, has gastado el que te di ayer?

—Todo, y apuntado está en mi libreta.

—Toma, díjole Francina dándole una moneda de veinte francos que sacó de su secreter; pero procura hacerlos durar porque faltan ocho días para acabar el mes y no me queda un céntimo.

En aquel momento, oyóse el timbre de la puerta y María fué a abrir. Un minuto después Francina, que estaba dando la última mano a su afeitte, oyó abrir la puerta del tocador.

—Buenos días, Ludovico, dijo sin volver la cabeza.

—No es Ludovico, respondió María.

—¿Pues quién?

—Un caballero a quien no conozco y que me ha dicho que ha de hablar con usted... de negocios.

—¡Imbécil! Habías de decirle que yo no estaba en casa.

—Era inútil; sus primeras palabras, al entrar, han sido: «He subido porque el portero me ha dicho que la señorita Francina estaba en casa.»

—Pues dile que estoy ocupada, que no puedo recibirle.

—Ya se lo he dicho, a pesar de lo cual se ha entrado de rondón en la sala y se ha sentado como si estuviera en su casa diciéndome: «Aguardaré, pero prevenga usted a su ama que no me haga esperar mucho.»

Francina miró a María con asombro.

—¿Y qué aspecto tiene ese sujeto?, preguntó.

—Ni viejo, ni joven; parece un militar vestido de paisano.

—En fin, exclamó Francina resignándose, veamos qué quiere.

Había terminado su atavío poniéndose una bata de color de rosa, con un pliegue Watteau en la espalda, que le sentaba muy bien.

—Si viene Ludovico, que entre en mi cuarto.

Y se encaminó a la sala.

—Caballero...

Pero reconociendo en seguida al antiguo amigo de Madeleur, al que tenía, al parecer, en sus manos una fortuna de la que el croupier tendría su parte, un día u otro, exclamó cambiando de tono:

—¡Cómo! ¿Es usted, don Victorino?

—De Victorino he hecho «vizconde» y de Delorme de l'Orme; de suerte que ahora, mi querida amiga, soy el vizconde de l'Orme para todo el mundo.

—Pero no para mí, replicó Francina riendo.

—Para usted también; va usted a verlo contestó Victorino secamente.

Y arrellanándose en la butaca, preguntó:

—¿Continúa usted siendo amiga de ese..., de Queyrel?

Francina se irguió molestanda más que por aquellas palabras por el tono en que fueron dichas.

—Esta es cuenta mía y de nadie más. Supongo que no se habrá usted tomado la molestia de venir a esta casa para hablarme de Ludovico.

—Pues supone usted mal, porque sólo para esto he venido.

Francina, al ver la desenvoltura con que se expresaba Victorino, sintióse intimidada.

—¿Conoce usted al Sr. de Queyrel?, preguntó.

—Muy poco, pero creo que pronto nos conoceremos íntimamente.

—¿Por qué?

—Porque así me conviene.

Y conteniendo en los labios de Francina la palabra o quizás la insolencia que de ellos iba a salir, añadió:

—Sé que es usted muy inteligente y por lo tanto, entiendo que vale más jugar a cartas vistas... Su amigo de usted es un canalla.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted!

—No perdamos en discutir un tiempo que aprovechará usted mejor escuchándose. He dicho que es un canalla y en mi bolsillo tengo cinco pagarés falsificados que ha firmado esta noche, lo cual, como usted debe saber, trae consigo de cinco a diez años de trabajos forzados.

—¡Ludovico, pagarés falsificados!, repitió Francina palideciendo bajo su capa de colorete.

—Ya ve usted si con razón le llamé canalla. Y ahora, agregó, un canalla que, en manos firmes como las mías andará derecho é irá adonde yo quiera, porque, añadió con aquella fría desenvoltura que ahora espantaba a Francina mucho más que la violencia, voy a enterar a usted de algo más, puesto que con usted, como he dicho, juego a cartas vistas. Estas falsificaciones, yo quise que las hiciera y las hizo.

—¿Y por qué razón?, balbuceó Francina.

—Porque necesitaba yo un muchacho exactamente tal como es él y a quien yo tuviera metido en mi puño, en ese puño que no suelta tan fácilmente su presa. Sí, necesitaba un muchacho que no se hiciera la menor ilusión, que se sintiera irremisiblemente cogido entre yo y el tribunal, que estuviese convencido de que se me daría a mí tanto enviarlo a presidio, que, por lo demás merece, como se me da sacudir ese polvo que su criada de usted ha dejado en los brazos de este sillón. Un muchacho, por consiguiente, que no intentase siquiera entablar conmigo la lucha de la olla de barro con la olla de hierro. ¿Me comprende usted?

(Se continuará.)

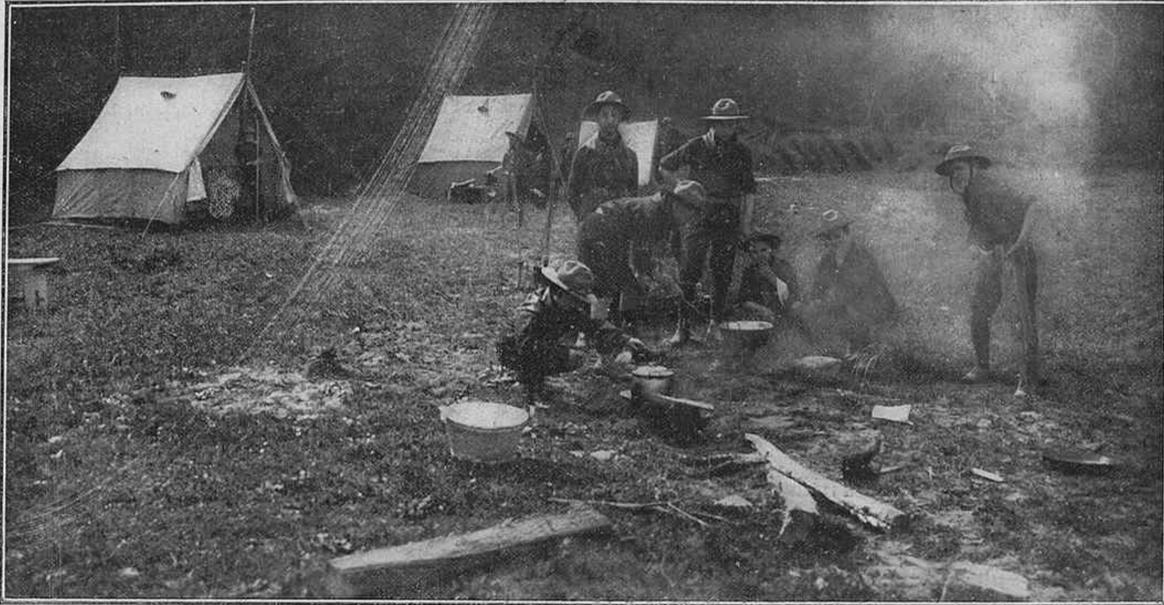
## LOS «BOY-SCOUTS» (JÓVENES EXPLORADORES) NAPOLITANOS. (Fotografías de Carlos Abeniacar.)

El general inglés Baden-Pówel, el heroico defensor de la plaza de Máfeking, tuvo ocasión de com-

dados italianos y aclamar a los que han vuelto triunfantes después de heroicos combates, han compren-

Médicos eminentes, ingenieros, profesores de historia natural y oficiales del ejército y de la marina, han ofrecido su colaboración para la enseñanza práctica de los *scouts*.

En otras muchas ciudades de Italia se han formado ya varios grupos para poner en práctica la institución de los *Boy-scouts* y es de esperar que dentro de muy poco tiempo el ejemplo de Nápoles será imitado y podrán sentarse las bases de la «Confederación de los jóvenes exploradores italianos.»



Los «Boy-scouts» napolitanos preparando la comida

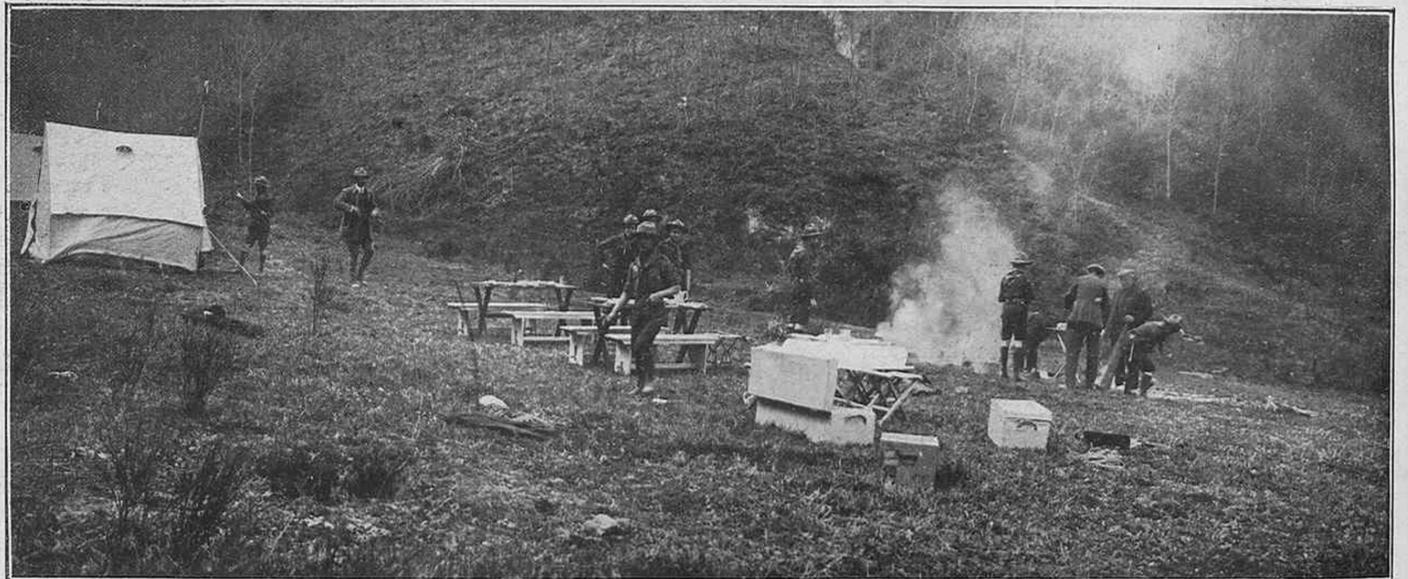
probar durante aquella guerra contra el pueblo boer que el espíritu y el carácter del pueblo inglés no estaban suficientemente preparados para la acción y el sacrificio.

Preocupado con esta observación y deseoso de aprovechar en beneficio de su patria las enseñanzas que de aquella lucha había sacado y la experiencia que en ella había adquirido, apenas se firmó la paz y hubo regresado a Inglaterra propúsose inspirar a la juventud del Reino Unido la pasión por los ejercicios que en los pueblos de las selvas vírgenes y de las grandes praderas desarrollan la energía y el carácter y transforman a aquellos hombres en exploradores, gastadores, tramperos, etc.

De este modo se crearon las primeras patrullas de *scouts*, que en un año reunieron 100.000 muchachos. Y tan de lleno entraron los ingleses en esta institución, que en la actualidad Inglaterra y sus colonias cuentan 500.000 de aquéllos.

Cuando las fiestas de la coronación del rey Jorge V, celebradas en julio del año pasado, figuraron en la revista militar de Wíndsor, y entre las tropas regulares, 30.000 *scouts* procedentes de todas las partes del mundo adonde extiende su dominio el imperio británico.

dido la capital importancia que la institución de los *Boy-scouts* tiene para la vida militar en general y en particular para la vida militar en las colonias.



Trabajos de los «Boy-scouts» en el campamento

Actualmente en Nápoles hay treinta y seis *scouts* que forman las patrullas del León, del Aguila, del Tigre, del Caballo y del Palomo, cada una de las

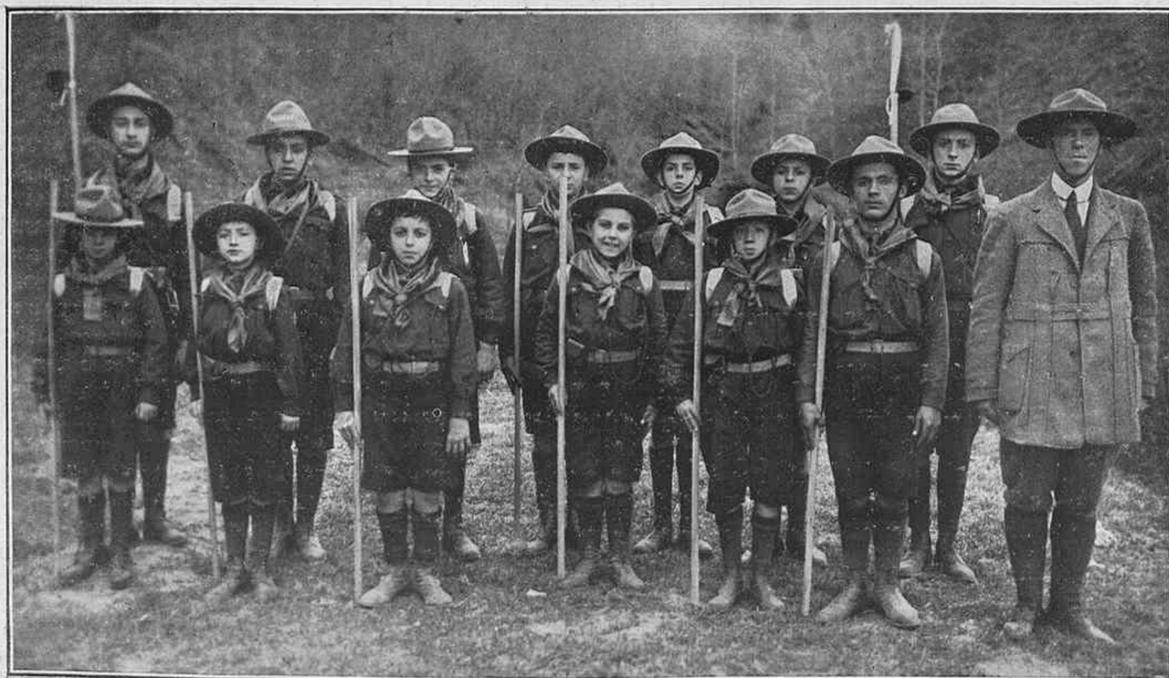
3. El *scout* ha de ser útil y ayudar a los demás.  
4. El *scout* es el amigo de todos y el hermano de los *scouts*.

5. El *scout* es cortés.
6. El *scout* es el amigo de los animales.
7. El *scout* sabe obedecer.
8. El *scout* sonríe y silba.
9. El *scout* sabe ahorrar.
10. El *scout* es puro es sus pensamientos, en sus palabras y en sus actos.

Las adjuntas fotografías dan perfecta idea de lo que es la vida de los *scouts* napolitanos en plena naturaleza.

CARLOS ABENIACAR.

En Francia, en Alemania, en otras muchas naciones, ha arraigado perfectamente la institución de los *Boy-scouts*. En España, hasta ahora, no se ha intentado siquiera seguir el ejemplo que nos dan esos pueblos interesados en poner a las futuras generaciones en condiciones de realizar grandes empresas.



Una compañía de «Boy-scouts» napolitanos

La idea de los *scouts*, después de haber triunfado en Inglaterra, había de seducir naturalmente a todos aquellos que, sin dejar de rendir homenaje a las cualidades de los pueblos del Norte, no creen que sea inferior a ellos la raza latina, que ha tenido, en los antiguos romanos, a los primeros exploradores del mundo. Y en Italia, ha sido en Nápoles, la ciudad celebrada hasta ahora por el *dolce far niente*, por sus canciones y también por su tristemente célebre *Camorra*, en donde la idea de los *scouts*, apoyada por unos cuantos jóvenes y distinguidos *sportmen*, ha tenido su primera aplicación.

Los muchachos napolitanos que han visto partir para la guerra contra los turcos a los valientes sol-

cuales tiene, como en Inglaterra, su bandera en la que hay pintado el animal cuyo nombre lleva.

Los muchachos napolitanos que han visto partir para la guerra contra los turcos a los valientes sol-

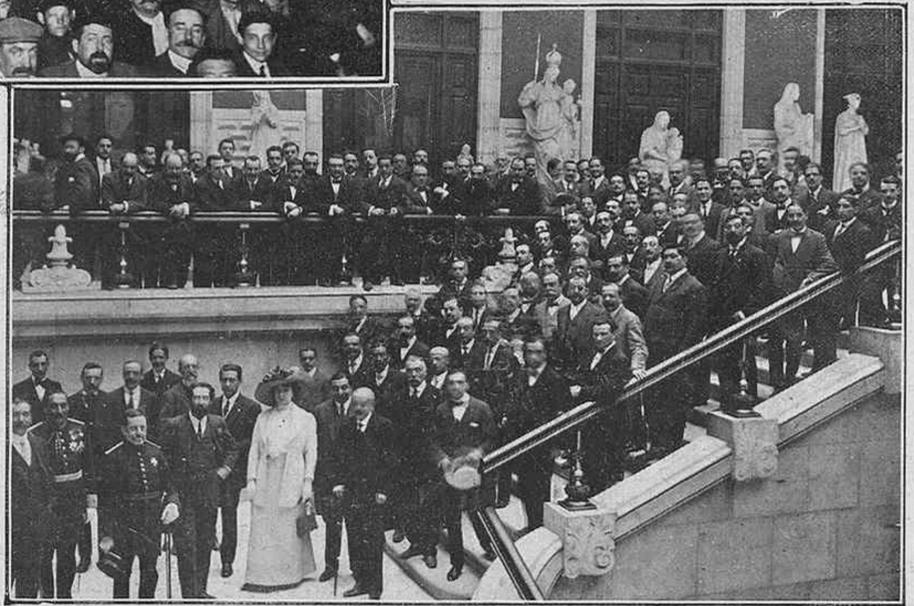


Barcelona.—Concierto popular dado en el teatro Condal por la Orquesta Sinfónica de Madrid y el «Orfeó Catalá.» Aspecto de la sala

cooperación del *Orfeó Catalá*, un concierto verdaderamente popular en el Teatro Condal, concierto que se efectuó en la mañana del domingo día 5 del corriente y para el que se señaló como precio único de entrada el de veinticinco céntimos.

El aspecto que ofrecía la vastísima sala era imponente; un público, que no bajaba de 4.000 personas, ocupaba todas las localidades y llenaba los pasillos, galerías y espacios libres del amplio coliseo. Y aquella masa de obreros escuchó, en el recogimiento y el silencio más absolutos, las obras de Beethoven, Hændel y Wágner. que la orquesta ejecutó con su habitual maestría. A pesar de tratarse de composiciones clásicas, y por ende de no fácil comprensión, aquel público se identificó con ellas y supo sentir y admirar todas sus bellezas, sin que ni por un momento se distrajera su atención y sin que el más leve ruido interrumpiera aquella quietud solemne, que sólo se rompía cuando, al final de cada pieza, la multitud, emocionada, vibrante de entusiasmo, prorrumplía en estruendosos e interminables aplausos.

Después de la *Patria Nova*, de Grieg, que ejecutaron juntos la Sinfónica y el *Orfeó*, la ovación fué delirante. Todos los concurrentes, de pie, agitando los pañuelos, los sombreros y las gorras, aclamaban frenéticamente a los músicos y a los orfeonistas y a sus directores Arbós y Millet; fué preciso repetir la composición, reproduciéndose entonces, más ruidosos aún que antes, los aplausos y las aclamaciones que se prolongaron largo rato.



La Orquesta Sinfónica visitando, por invitación del Ayuntamiento, el Museo Arqueológico. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Sardá Ládico. Desde sus primeros años, demostró Sardá gran vocación y notables aptitudes para el arte. Quiso su padre, el ilustre abogado y escritor D. Juan Sardá, que cursara la carrera de Derecho; pero al fin triunfaron sus aficiones artísticas y acabó por consagrarse enteramente al dibujo, publicando en distintas ilustraciones y revistas varias composiciones que fueron muy celebradas. En Madrid y en París completó sus estudios, visitando museos y concurriendo a las mejores escuelas y academias, y cuando regresó a Barcelona estaba formada ya su personalidad de artista. Desde entonces, no cesó de producir, siendo muy solicitada su firma y mereciendo grandes elogios de la crítica, sobre todo con motivo de la exposición que en 1904 organizó en el Salón Parés.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, de la que Sardá fué asiduo y querido colaborador, dedica hoy este modesto pero sentidísimo recuerdo al artista malogrado y se asocia de todo corazón al duelo que embarga a su familia.

BARCELONA.—LA ORQUESTA SINFÓNICA DE MADRID

Como en los años anteriores, la Orquesta Sinfónica de Madrid ha dado en el «Palau de la Música Catalana» una serie de conciertos que han constituido para aquélla otros tantos grandiosos triunfos.

Deseoso el maestro Fernández Arbós de corresponder a las muestras de admiración y afecto que, en todas ocasiones, ha dado el pueblo barcelonés a la Sinfónica, organizó, con la

Fué aquel un espectáculo tan grandioso como emocionante. Los profesores de la Sinfónica no podían ocultar su admiración, su asombro por la intuición artística de aquella masa obrera, y el maestro Arbós, hondamente conmovido, exclamaba: «Prefiero este triunfo a todos los alcanzados durante mi carrera artística. ¡Qué obreros, qué pueblo! ¡Es un gran pueblo este pueblo catalán!»

El día anterior los profesores de la Sinfónica, con su director, invitados por el Ayuntamiento, visitaron los museos del Parque. Allí fueron recibidos por el alcalde Sr. Sostres y muchos concejales, por el capitán general Sr. Weyler, por la Junta Directiva del *Orfeó Catalá*, por la Junta de Bellas Artes, por la del Centro Madrileño y por otras numerosas representaciones.

Después de recorrer las principales salas de los museos Arqueológico y de reproducciones, los invitados pasaron al pabellón regio del Palacio del Gobernador, en donde se les obsequió con un espléndido *lunch*. La banda municipal amenizó la fiesta y en la escalera, que se hallaba adornada con profusión de plantas, prestaban servicio de honor guardias municipales en traje de gran gala.

Francisco Sardá y Ládico, notable dibujante, colaborador de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, fallecido en esta ciudad el día 5 de los corrientes. (Fotografía Audouard.)

FRANCISCO SARDÁ LÁDICO

En la flor de su edad, en pleno período de actividad artística, ha fallecido el notable dibujante barcelonés Francisco

PÍDASE PROSPECTO J. A.

**GEMELOS PRISMÁTICOS**  
PARA  
EJÉRCITO Y MARINA,  
VIAJE Y SPORT,  
TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN DIRECTAMENTE POR  
**E. Leitz TALLERES DE ÓPTICA**  
Wetzlar (Alemania)

**APIOLINA CHAPOTEAUT**

Regulariza el flujo mensual,  
corta los retrasos y  
supresiones así como  
los dolores y cólicos  
que suelen coincidir con las  
épocas.

PARIS, 8, Rue Violonne  
y en todas farmacias.

**SALUD DE LAS SEÑORAS**



La nueva estación ferroviaria de Leipzig recientemente inaugurada y que será la mayor de Europa  
(De fotografía de Carlos Trampus.)

En substitución de las cuatro estaciones ferroviarias que hasta ahora han prestado servicio en la ciudad de Leipzig y que en la actualidad resultaban insuficientes para el tráfico inmenso de aquella capital de 600.000 habitantes y uno de los principales emporios mercantiles de Alemania, se ha procedido a la construcción de una grandiosa estación única, de la cual hay terminada una mitad. Esta parte terminada, que es la que el adjunto grabado reproduce, es sólo la destinada al servicio de viajeros y ha sido inaugurada el día 1.º del corriente mes.

Cuando estén concluidas todas las construcciones, es decir, en 1915, Leipzig podrá envanecerse de contar con la estación ferroviaria no sólo más grande de Europa, sino también mejor dotada de todas las más perfectas instalaciones técnicas. Solamente la parte hasta ahora construída, es decir, la estación propiamente dicha y los andenes, con los correspondientes edificios anejos, ocupa una superficie de 80.000 metros.

La estación tiene catorce andenes para viajeros, lo cual significa que veintiocho trenes pueden tomar y dejar pasajeros a un mismo tiempo. El servicio de equipajes está instalado en el subsuelo, lo que permite disponer de amplios espacios para la circulación del público.

A la vez se ha construído una estación postal con treinta y dos vías y andenes de treinta y seis metros por los que pueden ser expedidos simultáneamente 132 vagones de correos.

El servicio de movimiento está montado con tal perfección, que el traslado de trenes de un andén a otro y de una estación a otra se efectúa con rapidez extraordinaria.

El coste total de esta nueva estación se ha presupuestado en 135 millones de marcos, o sean 168.750.000 pesetas, cantidad que han de satisfacer en partes proporcionales las administraciones de los ferrocarriles de los Estados de Prusia y de Sajonia, la administración de Correos del imperio y la ciudad de Leipzig.

#### LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

GUERRA, por *D. Ignacio Gamba*. — En este libro se estudian multitud de problemas filosóficos y sociológicos dentro de un criterio altamente cristiano y con gran conocimiento de lo que es y de lo que significa el hombre en su vida psíquica

y en su vida de relación. Un tomo de 200 páginas impreso en Hochtun (Yucatán) en la imprenta «La Aurora» de Bonifacio Gamba.

MALALTÍES DEL BESTIAR, por *M. Rossell y Vilá*. — El autor de este libro, inspector de Higiene pecuaria y Sanidad veterinaria de la frontera francesa en Puigcerdá, ha prestado con su obra un servicio importantísimo a los propietarios o

encargados del cuidado de animales, exponiendo en forma clara y al alcance de todos las enfermedades del ganado de toda clase, explicando minuciosamente los síntomas y señalando los remedios adecuados. Trátase, pues, de un tratado científico, pero al mismo tiempo fácilmente comprensible y que, por lo tanto, puede ser un guía utilísimo aun para los profanos. Un tomo de 364 páginas, ilustrado con varios grabados, impreso en la tipografía de L'Averç.

### NUEVA IMPRESIÓN DE OBRAS NOTABLES

# FAUSTO

de Goethe

TRADUCCION EN VERSO DE TEODORO LLORENTE

# COLOMBA

de Merimée

TRADUCCION DE F. SARMIENTO

Agotadas las ediciones de estos preciosos libros y con el propósito de atender á los numerosos pedidos que tenemos, hemos decidido completar un número escaso de ejemplares que ponemos á la venta al precio de 5 pesetas ejemplar encuadernado, para los señores suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.

## PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN